

TUCAN  10+

# Musgo

DAVID CIRICI

PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL



edebé



**Musgo**

**PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL**

David Cirici

# Musgo

**PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL**



**edebé**

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Infantil según el fallo del Jurado compuesto por: Teresa Colomer, Pep Durán, Esperanza Nova, Roberto Santiago y Vicenç Villatoro.

Título original: *Molsa*

© David Cirici, 2013

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© Edición: EDEBÉ, 2013

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

*Dirección de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Infantil y Juvenil:* Elena Valencia

© *Traducción:* Elisenda Vergés-Bó

© *Ilustraciones:* Esther Burgueño

*Diseño de colección:* César Farrés

ISBN 978-84-683-0896-8

Depósito Legal: B. 2726-2013

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A mis cuatro cachorros: Hug, Joana,  
Violeta y Alexandre.*

# 1

## *En el aire un olor flota. La emoción pronto se agota*

Una fría mañana, mientras caminaba por la orilla del río para aprovechar el calorcito del sol, noté, levemente, una brizna, una pizca del olor de Janinka.

Me paré y olfateé bien; no quería que se me escapara. Era un olor muy débil que flotaba y se movía como si fuera una semilla de diente de león o una bola de pelos de gato empujada por el viento. Era un olor que pasaba. Abrí bien los ojos y alcé las orejas. Pero el olor se había perdido. Corrí por si veía a Janinka, si la oía. Husmeé por los alrededores a ver si reencontraba su olor. A veces me parecía que ya la tenía, que ya

había encontrado la punta y que sólo tendría que seguir el hilo hasta llegar a la niña. Pero el hilo se rompía, y quedaba enganchado en una farola, o en el tronco de un árbol, y tenía que dar vueltas y más vueltas de nuevo para encontrarlo.

Y así, medio mareado, llegué hasta la avenida.

Unos hombres estaban reparando la base de un monumento dedicado a un señor con bigote y barba puntiaguda que vestía una gabardina y señalaba algo allá arriba, no se sabía qué. Agobiado como estaba porque acababa de perder aquella brizna de olor, no me di cuenta y pisé el cemento fresco. Apenas puse en él las patas delanteras, uno de esos hombres ya comenzó a gritarme, a renegar, y me dio un puntapié en la tripa. Como ese hombre llevaba unas botas enormes con punteras de hierro, me hizo tanto daño que me fallaron las patas y me caí. Me levanté enseguida, y entonces sí, entonces crucé

corriendo por encima del cemento fresco y dejé mis huellas bien marcadas. Les debió de dar pereza alisar de nuevo el cemento, porque lo dejaron así: el cemento se secó y mis pisadas todavía están allí. Ahora yo también formo parte del monumento, como si fuese igual de importante que el hombre del bigote y la barba puntiaguda que viste gabardina y señala hacia lo alto.

Crucé la avenida cojeando, todavía dolorido por la patada, y justo cuando llegué al otro lado me pareció que, detrás del olor a musgo y a humedad que emanaba el muro de la orilla del río, volvía a encontrar el olor de Janinka. Ladré. Busqué. Y pensé que tal vez sólo era el recuerdo. A veces, si trato de recordar un olor, llego a notarlo de verdad. Eso era lo que me debía de pasar, porque enseguida vi que lo había perdido. Sólo notaba el olor a musgo, a tierra mojada y a humo de camión, y de vez en cuando el del pis de otro perro y hasta alguno mío de hacía días.

Ya estaba a punto de renunciar a seguir buscando aquel rastro minúsculo cuando de pronto lo volví a percibir en la valla de madera de un jardín. ¡Sí! Era el olor de Janinka, como si hubiera pasado sus manos por los barrotes verticales de la valla. El olor de Janinka flotaba entre el olor a madera y barniz, a verdín y a césped, y el olor a domingo por la tarde y a lavadora. Más allá, en el fondo de mi paisaje de olores, identificaba un olor viejo y rancio que procedía del interior de una casa, y detrás, muy lejos, un olor a pasteles recién hechos. También noté una peste aguda que lo salpicaba y ensuciaba todo: el hedor de una rata que debía de haber pasado por allí hacía poco.

Cuando la valla terminó, se acabó el olor. La acera sólo olía a zapatos y pies, a cacas y chicle pisoteado. Seguí avanzando, excitado, husmeando con mi hocico a ras de tierra para ver si encontraba los pasos de Janinka, el tierno olor de sus pies. Olfateé troncos de

árbol, pies de farolas, el asfalto, los adoquines, e incluso las vías del tranvía, que olían a hierro y a chirridos, y que eran muy peligrosas de oler. Encontré olores tristes, antiguos, rastros de gente sudada y de libros escolares, pero ya no volví a encontrar más señales de Janinka.

Notar el olor de Janinka y no encontrarla me puso triste. Busqué un buen rincón para tumbarme al sol y cerré los ojos. Estaba desconcertado. ¿Cómo era posible que aquel olor flotara por la calle, se agitara con el viento o se hubiera fijado en unos barrotes de madera, y que Janinka no estuviera? Era su olor, ¿o era el olor de alguna otra cosa que se le parecía?

Janinka era la niña que había jugado conmigo. La niña que había vivido en mi casa. En esa casa también había un niño, un hombre que olía a humo y a tinta, y una mujer

que a veces olía a flores y, a veces, a pastel de limón. Eso fue cuando yo tenía casa. Ni siquiera sabía cuánto tiempo hacía ya de eso. Habían pasado muchos días y muchas noches desde la última vez que dormí a los pies de la cama de Janinka, en mi alfombra gris, del mismo color gris que los árboles y los prados. Había hecho calor y había nevado y había helado y había vuelto a hacer calor tres veces, y los tilos también habían echado hojas y habían florecido y habían olido bien tres veces.

En aquella época yo veía mejor, percibía mejor, y quizá también sabía distinguir mejor los olores más débiles. No sé. Si lo pienso, tengo la sensación de que hace mucho tiempo. Pero los olores no se olvidan fácilmente. De hecho, me parece que no se olvidan nunca.

Cada uno tiene un olor diferente, de modo que Janinka olía a Janinka. Si no sabéis cómo es el olor a Janinka, será difícil que nos



entendamos. Podría decir que Janinka olía a mañana, a toalla limpia y a alegría. Tenía el olor picante del pelo negro y de los labios de color gris labio, y el olor divertido de las cosquillas y de las mañanas de domingo, cuando se me lanzaba encima y me hacía cosquillas en la tripa y yo le mordisqueaba las manos, los tobillos, solo unos mordisquitos que eran como sus cosquillas, y ella se moría de risa y gritaba como una loca. Olía a todo eso, y los días de diario, cuando regresaba de la escuela, el olor de Janinka se mezclaba con el que tienen todos los niños: el olor seco de la tiza mezclada con los lápices y las gomas de borrar, y con el de las batas sudadas y manchadas de leche, y de aceite, de salsa de tomate, y de yema de huevo.

Olía a Janinka, y basta.

Mirek olía a chispa. Podría decir que olía a bellota, porque se hacía silbatos con ellas y siempre llevaba alguna en el bolsillo. También podría decir que olía a barro, porque le

gustaba chapotear en los charcos después de la lluvia. Pero quizá su olor más particular era el olor a chispa, porque jugaba con un tren eléctrico que soltaba pequeñas chispas azuladas, y llevaba algo de este olor en el pelo.

Yo tenía una casa en una calle con tilos. Una casa con un trozo de hierba y unas plantas enfrente. Por la tarde sabía que Janinka y Mirek, su hermano, regresaban de la escuela, porque sus pasos, sólo con doblar la esquina y enfilarse en nuestra calle, eran inconfundibles. Apenas eran un ruidito de nada, pero yo saltaba de alegría, porque eso quería decir que se acercaba un rato de cosquillas y de carreras entre la cocina y el comedor, y de jugar con las galletas. Cuando los oía, bajaba las escaleras corriendo y los esperaba en la puerta para saltarles encima y lamerles la cara. Y ellos posaban sus labios en mi nariz y me

dejaban todo su olor a niño y a escuela. Después se sentaban a la mesa de la cocina y abrían carpetas y sacaban papeles y lápices, y durante un buen rato no me hacían caso, y yo sabía que tenía que esperar. Y finalmente me sacaban a pasear, que era el mejor momento del día.

Entonces había muchas cosas que me gustaban.

Cuando tuve que vivir solo, me quedaron muy pocas.

### **Cosas que me gustaban**

- \* Ir en el cesto de la bicicleta y ver pasar los árboles y las nubes.
- \* Perseguir mi sombra entre las sábanas tendidas en el jardín.
- \* Que los niños me persiguieran por toda la casa.
- \* Perseguir yo a los niños por toda la casa.

- \* Mordisquear el pedal de la bicicleta de Janinka.
- \* Bajar corriendo las escaleras de la casa y deslizarme por el rellano al girar.
- \* Ponerme patas arriba y que me hicieran cosquillas en la barriga con sus pies descalzos.
- \* Perseguir el agua de la manguera.
- \* Correr por los prados y pasar por debajo de las vacas.
- \* En los días de lluvia, ponerme sobre mis patas traseras y apoyar las delanteras, sucias de barro, en la barriga del hombre que olía a tabaco y a tinta.
- \* Tener mi plato para comer.
- \* No tener pulgas ni garrapatas.
- \* Que me llamasen por mi nombre.

Todas esas cosas se acabaron. Y de golpe, dejé de tener niños y de tener casa, de modo que ya nadie me llevaba en bicicleta, nadie jugaba conmigo y nadie me llamaba por mi

nombre, y me pasaba el día rascándome las pulgas y las garrapatas.